

GIACOMO LEOPARDI

LAS PASIONES

Edición e introducción de
Fabiana Cacciapuoti

Traducción del italiano y epílogo de
Antonio Colinas

 Siruela

Libros del Tiempo

El orden de los fragmentos no se corresponde con la secuencia con la que aparecen en las páginas del *Zibaldone*, pero se respeta el índice leopardiano. Para comodidad del lector, se han omitido en esta edición todas las referencias numéricas a las páginas, así como las referencias internas y los paréntesis con la indicación de la fecha de redacción. Quien desee acceder a este conjunto de referencias puede consultar en: Giacomo Leopardi, *Trattato delle passioni*, vol. I, de la edición temática del *Zibaldone di pensieri*, Fabiana Cacciapuoti (ed.), con prefacio de Antonio Prete, Donzelli, Roma 1997 (pp. C-220). Las traducciones en notas de los textos en griego, latín y francés pertenecen a la autora de la edición italiana. Las notas al texto debidas al traductor, y no a Leopardi, se señalan expresamente al final de las mismas.

Alegría y Tristeza

Debe de ser algo notorio que así como la alegría nos conduce a comunicarnos con los demás (de tal manera que un hombre alegre se convierte en locuaz, por más que de ordinario sea taciturno y se arrime con facilidad a personas que, en otro momento, habría esquivado o no habría tratado con facilidad, etc.), de la misma manera, la tristeza nos lleva a huir del consorcio de los demás y a replegarnos en nosotros mismos, con nuestro pensamiento y nuestro dolor.

Pero observo que esta tendencia a la prolongación de la alegría, y al replegarse en la tristeza, también se da en los actos del hombre poseído por uno de estos aspectos, y, como con el estado de alegría, él pasea, mueve y alarga sus brazos y piernas, y, en cierto modo, se expansiona con el desplazarse velozmente de aquí para allá, como buscando un cierto respiro; así, en el estado de tristeza, se repliega, inclina la cabeza, aprieta y cruza los brazos contra el pecho, camina lento y evita cualquier movimiento vivaz y, por así llamarlo, generoso.

Yo recuerdo (y lo observé en aquel intenso momento) que, estando sumido en algunos pensamientos dichosos o indiferentes –estando sentado, al sobrevenirme un pensamiento triste–, inmediatamente apretaba una contra otra mis rodillas, que an-

tes se hallaban relajadas y separadas, e inclinaba sobre el pecho el mentón, que había mantenido elevado.

*Pensamientos aislados y satíricos – Envidia –
Memorias de mi vida*

Solía considerar como una locura cuanto dicen los Capuchinos para excusarse de tratar mal a sus novicios, lo que hacen con gran satisfacción y con íntimo sentimiento de placer; es decir, que también ellos habían sido tratados así. Ahora, la experiencia me ha demostrado que éste es un sentimiento natural, apenas había llegado a la edad de apartarme de los lazos de una penosa y estrictísima educación, y, sin embargo, conviviendo aún en la casa paterna con un hermano menor que yo en algunos años, pero no tantos que él no poseyese ya plenamente el uso de todas sus facultades, defectos, etc.; así que no era por otra razón (no causada por la predilección de los padres) sino porque había cambiado el estado de nuestra vida y convivíamos con él.

También él participaba y no poco de nuestra liberalidad, y disponía de muchas más comodidades y pequeños placeres que los que nosotros poseíamos a su edad, y de muchas menos incomodidades y pesares, y dependencias, y estrecheces, y castigos; y, por ello, él era mucho más petulante y osado que nosotros a su edad, por lo que yo sentía, naturalmente, una vivísima envidia; es decir, no de aquellos bienes que ahora poseía, y que en el tiempo pasado no pude tener, sino del mero y solo disgusto de que él los tuviese; y sentía el deseo de que se incomodase y atormentase como nosotros, que tal es la pura y legítima envidia que lleva consigo este pésimo asunto; y yo la sentía como tal, naturalmente, sin quererla sentir.

Pero, en suma, comprendí entonces (y precisamente escribí estas palabras) que así es la naturaleza humana; de tal manera que me eran menos queridos los bienes que poseía, fueran los que fuesen; porque los comunicaba con él, pareciéndome quizá que no fuese ya digno término de tantas penurias, después de que para nada afectasen a otro que se encontrara en mis circunstancias, y con menos mérito que yo, etc.

En consecuencia, aplico a los Capuchinos –los cuales teniendo la suerte de mis hermanos menores, que son los novicios dependientes de ellos– que sigan los impulsos de esta inclinación a la que me refiero, y no sientan que se puedan decir a sí mismos que están faltos de lo que han alcanzado, ya que otros lo adquieren con bastante menos esfuerzo que ellos; ni que hayan sentido el disgusto de que éstos no sufran las incomodidades que ellos, en esas mismas circunstancias, han sufrido

Envidia – Memorias de mi vida

Yo no he probado nunca la envidia en lo que atañe a asuntos en los que me he creído hábil, como en la literatura, donde, es más, he sido inclinadísimo a alabar. Por primera vez puedo decir que la he probado (y hacia una persona cercanísima a mí), cuando he deseado ser valioso en un asunto en el que me reconocía sin méritos. Pero es necesario que me haga justicia confesando que esta envidia era muy confusa y no por completo y en todo vil, así como contraria a mi carácter; sin embargo, me disgustaba absolutamente sentir la suerte de aquella persona ante tal asunto, y, dándome ella cuenta de lo mismo, la trataba como ilusa, etc.

Hastío – Memorias de mi vida

Incluso el pesar que nace del hastío y del sentir la vanidad de las cosas es bastante más tolerable que el mismo hastío.

Venganza

El sentimiento de la venganza es tan grato que, con frecuencia, uno desea ser injuriado para poderse vengar; y ya no me refiero solamente de un enemigo habitual, sino de uno indiferente, o incluso (especialmente en ciertos momentos de humor negro) de un amigo.

Amistad entre dos jóvenes – Amistad

Después de que el heroísmo ha desaparecido del mundo (y, por el contrario, ha entrado en él el egoísmo universal), una amistad verdadera es capaz de que un amigo sacrifique a otro, en el caso de personas con las que aún tenemos intereses y deseos, y siendo éste un asunto bien difícilísimo.

Por ello, por más que siempre se haya dicho que la igualdad es la más cierta instigadora de la amistad, yo encuentro cada día menos verosímil la amistad entre dos jóvenes que entre un joven y un hombre sensible ya desengañado del mundo, y desesperado de su propia felicidad. Éste, no poseyendo ya deseos vigorosos, es bastante más capaz que un joven de unirse a uno que todavía los posea, y concebir un vivo y eficaz interés hacia él; estableciendo así una amistad tan real y sólida como la que el otro siente en su ánimo al corresponderle.

Esta circunstancia me parece también más favorable a la amistad que la de dos personas igualmente desengañadas; porque, no permaneciendo deseos ni intereses en ninguno, no existiría una base para la amistad y ésta quedaría limitada a las palabras y a los sentimientos, y excluida de la acción. Aplicad estas observaciones a mi caso, con mi digno y singular amigo, por no haber encontrado otro, por más que conociese y amase y fuese amado por hombres de ingenio y de corazón óptimo.

Compasión – Debilidad

Observa cómo la debilidad es algo muy agradable en este mundo. Si tú ves a un muchacho que sale a tu encuentro con paso tambaleante y con cierto aire de impotencia, te enterneces por ello y muestras afecto hacia ese muchacho. Si tú ves a una bella mujer enferma y débil –o si te abrumas de ser testigo de algún esfuerzo inútil de cualquier mujer, a causa de la debilidad física de su sexo–, te sentirás conmovido, y serás capaz de inclinarte ante esa debilidad, y la reconocerás como señora tuya y de tu poder, y te someterás y sacrificarás completamente al amor y a la defensa de ella.

La compasión es la causa de este síntoma, la cual afirmo que es la única cualidad y pasión humanas que no posee en absoluto mezcla alguna de amor propio. La única, porque el mismo sacrificio de uno por el heroísmo, la patria, la virtud, la persona amada, y por cualquier otra acción, por más heroica y desinteresada que sea (y por encima de cualquier otro afecto, por más puro que éste sea), siempre se lleva a cabo porque nuestra mente encuentra más satisfactorio ese sacrificio —en tal ocasión— que cualquier ganancia.

Cualquier acción de nuestro ánimo tiene siempre su cierto e inevitable origen, a fin de que éste sea purificado, y aquélla nos parezca lejana. Pero la compasión que nace en nuestro ánimo a la vista de uno que sufre es un milagro de la naturaleza, que en ese momento nos hace probar un sentimiento enteramente independiente de nuestro provecho o placer, y del todo relativo a los demás, sin ninguna influencia de nosotros mismos.

Y, por ello, los hombres compasivos son escasos, y la piedad se sitúa, máxime en estos tiempos, entre las cualidades más dignas de consideración y distinguidas del hombre sensible y virtuoso. Si es que la compasión no tuviera algún fundamento en el temor de que fuésemos nosotros mismos los que probamos un mal similar al que vemos. (Porque el amor propio es utilísimo, y en todo se insinúa, y se encuentra escondido en los lugares más recónditos de nuestro corazón, los cuales parecen más impenetrables ante esta pasión.) Pero verás, si bien lo consideras, que hay una compasión espontánea, completamente independiente de este temor, y que, enteramente, afecta al mísero.

Compasión hacia los animales

Un campesino de las tierras de Recanati, habiendo llevado un buey suyo, que había vendido, al carnicero que se lo había comprado para ser sacrificado, y habiendo llegado el momento de esta operación, permaneció al principio quieto y dudando de si partía o se quedaba, si miraba o volvía la vista atrás. Finalmente, habiendo vencido la curiosidad y viendo masacrado a su buey, se puso a llorar desconsoladamente. Esto se lo he oído a un testigo de cuanto sucedió.

Paradojas – Buenos modales – Grave desventura

La impresión que produce el inesperado anuncio de una grave desventura no se acrecienta proporcionalmente por la mayor o menor gravedad de ella. El hombre en ese momento la considera como un todo, y el ímpetu del dolor se descarga sobre ella; de tal manera que no se hubiera podido duplicar si la desventura que se le anunció hubiese sido doblemente mayor.

Sin embargo, si desde el principio le hubiese sido anunciada de esta manera, porque sobrevenía a otro anuncio, el desenlace del asunto hubiera conducido al acrecentamiento del dolor, si bien ni siquiera entonces este aumento sería proporcionado a la duplicidad de la desgracia; porque el alma está ya agotada y como entorpecida por el dolor pasado.

Ayer, en medio de una fiesta, dos chiquillos fueron alcanzados por una piedra caída de un tejado. Se difundió la voz de que los dos podrían ser hijos de una misma madre. Luego, la gente se consoló al saberse que pertenecían a dos mujeres diferentes. ¿Qué supone esto sino alegrarse, porque el dolor en verdad se duplica, siendo igualmente grave en ambos casos?

Cuanto sucedió en uno de los casos hubiese sido lo mismo que si hubiese sucedido en los dos. Y la que desfallece ante la noticia no habría podido sufrir más si su desgracia, en sí misma, no hubiese sido doble. Prescindiendo del hecho de que la muerte de los dos hijos le habría privado completamente de su maternidad –lo que cambiaría el sentido de la desgracia– y no es el caso. Y también podría darse que aquel solo hijo que ella perdió fuese único, con lo que no habría lugar a hacer esta consideración.

Gloria. Fama

La gloria no es una pasión propia, en absoluto, del hombre primitivo y solitario. Sin embargo, la primera vez que un grupo de hombres se unió para matar a alguna fiera o por cualquier otro motivo en el que hubiese sido necesario un intercambio de ayuda, aquel que mostró más valor se sintió llamado valiente

de manera sincera, y sin adulación por parte de aquella gente que aún no conocía este defecto. Dicha palabra le complació, y así él, como cualquier otro espíritu magnánimo que hubiese estado presente, sintió por vez primera el deseo de alabanza. Y así nació el amor por la gloria.

*Civilización. Falta de civismo – Gloria. Fama –
De la naturaleza*

Dicha pasión es tan propia del hombre sociable, y tan natural, que incluso ahora –cuando tanta muerte hay en el mundo, y cuando faltan todo tipo de estímulos–, aun así, los jóvenes sienten la necesidad de distinguirse; y no encontrando, como en tiempos pasados, abierto el camino, agotan sus fuerzas en la juventud, estudian todas las formas de conocimiento, y pierden la salud del cuerpo, acortando su vida.

Ello es así no tanto por el amor hacia el placer como por hacerse notar y ser envidiados, alardeando de sus vergonzosas victorias, las cuales, sin embargo, ahora son aplaudidas por el mundo; no quedándole al joven otra manera que ésta de hacer uso de su cuerpo, y con ello procurarse alabanzas. Ya que, sin embargo, al ánimo le resta cualquier salida hacia la gloria, pero al cuerpo –que es aquella parte que importa, y en la cual se basan por naturaleza las cosas, el valor de la mayor parte de los hombres– no le queda otra salida.

*Civilización. Falta de civismo – Gloria. Fama –
Vigor corporal – De la naturaleza*

El joven que accede al mundo desea llegar a ser cualquier cosa. Éste es un deseo común y seguro para todos. Pero hoy en día, el joven desposeído no tiene otro camino para conseguirlo, a excepción del que he dicho. O seguir el camino de la literatura, que conduce igualmente a la ruina del cuerpo. Así, la gloria de hoy en día se basa en esfuerzos que perjudican a la salud cuando antes sucedía lo contrario.

En consecuencia, se mantienen cada vez más al margen las generaciones humanas; y este síntoma de la falta de ilusiones

existentes en el mundo, como en tiempos pasados, deviene la razón de esta misma falta, a causa del escaso vigor por la razón de que he hablado en otros de mis pensamientos, de la necesidad del vigor del cuerpo ante las grandes ilusiones del ánimo. Luego son demasiado notorios los espantosos efectos de la vida común de los jóvenes de hoy, que poco a poco van reduciendo el mundo a un hospital.

Pero ¿qué remedio encontrar? ¿Qué otra ocupación le resta hoy a un joven desposeído, y qué medios? ¿Creéis que un joven¹ se puede contentar con una vida inactiva, sin ningún reconocimiento, y sin ninguna expectativa, a excepción de una monotonía eterna y de un inmutable aburrimiento? Antiguamente, la vanidad era considerada como algo propio de las mujeres, porque también en las mujeres se da el mismo deseo de sobresalir, y habitualmente no han poseído para ello otro medio que el de la belleza. El *cultus sui*, pues, que como decía Celso *adimi feminis non potest*.

En lo que se refiere a la vanidad, ahora se tiene la misma opinión: que es algo propio de las mujeres; pero injustamente, porque es algo igualmente propio de los hombres, habiéndose también reducido los hombres a la condición, más o menos, de fémimas, en cuanto se refiere a la manera de comportarse en el mundo; y el hombre anciano, en su mayor parte, ha llegado a ser algo inútil y despreciable, sin vida, sin placeres ni esperanzas, como comúnmente solía y suele acabar la mujer; la cual, después de haber dado mucho que hablar de sí, sobrevive a su fama envejeciendo.

¹ Continuamente, en este joven o en otros ejemplos que el autor pone en el libro, reconoceremos las vicisitudes del propio Giacomo Leopardi. Unas veces, de manera clara, los encontraremos en otro de sus trabajos esbozados, las *Memorie della mia vita*; en otras, de manera más simulada, como en las páginas del *Zibaldone* o en sus poemas. (*N. del T.*)